

**Bosquejos de los mensajes
para el entrenamiento de tiempo completo
del semestre de otoño del 2004**

**TEMA GENERAL:
EL SIGNIFICADO INTRÍNSECO
DE LA OBRA DE RECOBRO QUE EL SEÑOR EFECTÚA
PARA EDIFICAR LA IGLESIA COMO CASA DE DIOS Y CIUDAD DE DIOS**

Mensaje dieciséis

**Con miras a la segunda venida de Cristo,
necesitamos ser purificados y reconstituídos con el Cristo que nos sana**

Lectura bíblica: Mal. 1:2; 2:7, 15-16; 3:1-2, 7-12; 4:2

- I. Malaquías profetizó en tiempos de Nehemías, cuando los sacerdotes y el remanente del pueblo de Dios se encontraba sumido en las tinieblas del autoengaño, que es una especie de obsesión—1 Jn. 1:8; Hch. 9:1-2; Jn. 16:2; cfr. Fil. 3:3:**
- A. El síntoma de una persona que padece de tal obsesión es que lo que ella piensa y hace es completamente erróneo y, aún así, considera y asegura que ello es absolutamente correcto—Is. 5:20.
 - B. Malaquías nos muestra la condición de degradación en la que se encontraba el pueblo de Dios, el cual estaba obsesionado, engañado, por encontrarse bajo la influencia de la potestad de Satanás, la potestad de las tinieblas—Mal. 1:2, 6-7; 2:13, 17; 3:7-8, 13-15; Col. 1:12-13; cfr. Hch. 26:18.
 - C. Las razones para tal obsesión, tal autoengaño, son: amar más las tinieblas que la luz (Jn. 3:19-20), el orgullo (Abd. 3), no recibir el amor de la verdad (2 Ts. 2:10-11; Pr. 23:23) y no buscar la gloria que procede del único Dios (Jn. 5:44).
 - D. La única manera de ser salvos de tal obsesión, de engañarnos a nosotros mismos, es que vivamos en la luz—Is. 50:10-11; Sal. 36:9; 1 Jn. 1:5, 7, 9; Mt. 6:22-23; Jn. 7:17; Col. 1:12-13.
- II. El Cristo que nos sana es tanto el Mensajero de Dios como el mensaje viviente de Dios, que actúa como fuego purificador y como jabón de lavadores a fin de purificar y depurar al remanente degradado del pueblo de Dios—Mal. 3:1-2:**
- A. “Y éste es el mensaje que hemos oído de El, y os anunciamos: Dios es luz, y en El no hay ningunas tinieblas”—1 Jn. 1:5; Jn. 8:12.
 - B. El Cristo que es el Mensajero de Dios y el mensaje divino tiene que infundirse en nuestro ser si hemos de convertirnos en mensajeros, es decir, en aquellos que reciben un mensaje nuevo y fresco de parte de Dios, mediante el cual infunden a Dios mismo en Su pueblo—Mal. 2:7; Ap. 1:20; 2:1; Am. 3:7; cfr. Lc. 2:26; He. 8:5; 11:7.
 - C. Tenemos que ser aquellos que anuncian a otros la economía de Dios, profetizando para proclamar a Cristo con miras a la edificación de la iglesia—1 Jn. 1:3; 1 Ti. 2:7; 1 Co. 14:31; Jer. 15:19; 1:8-9; Sal. 73:28; 25:14; 73:17; Hch. 6:4; 1 Ts. 5:16-20; Col. 3:16; Ef. 5:18.
- III. El tema central del libro de Malaquías es el Cristo que trae sanidad, es decir, el Cristo que purifica y reconstituye a Su pueblo consigo mismo, sanándolo al resplandecer como luz divina en el ser tripartito de cada uno de ellos, de modo que ellos lleguen a ser la gloriosa obra maestra del Dios Triuno, Su expresión única y singular, con miras a Su segunda venida—Mal. 4:2; 3:1-2; Éx. 15:22-27; Ef. 2:10; 5:26-27:**

- A. En Su primera venida, Cristo fue el Sol naciente que resplandeció sobre la era llena de tinieblas; en Su segunda venida, Cristo será el Sol de justicia en Su reino—Lc. 1:78; Mal. 4:2; cfr. Mt. 17:1-8.
- B. Los vencedores que han sido reconstituidos con el Cristo que es el Sol, resplandecerán como el sol en el reino de su Padre—13:43.
- C. Al disfrutar a Cristo como Sol de justicia, crecemos en la vida divina, ya que Él disipa todas nuestras tinieblas, y somos sanados en virtud de dicha vida, ya que Él hace que todas nuestras injusticias desaparezcan—Jn. 1:4-5; 8:12; 2 Co. 4:6; Hch. 26:18.

IV. Ser sanados equivale a ser salvos, a ser restaurados por completo; Cristo nos sanará, pero nosotros debemos darle la libertad de usar Sus alas para volar sobre nosotros, alrededor de nosotros, a través de nosotros y dentro de nosotros—Mal. 4:2; cfr. Éx. 15:22-27; Ap. 2:7; 1 P. 2:24:

- A. Es preciso que nos percatemos del gran amor que Dios tiene por nosotros y que seamos guardados en Su amor—Mal. 1:1-2; Ef. 1:4-5; Ro. 9:11-13; 2 Co. 5:14; Jud. 19-21; 2 Ts. 3:5.
- B. Debemos disfrutar a Cristo como la luz de la aurora cada mañana—Pr. 4:18.
- C. Debemos tener contacto con Cristo como la realidad del “tercer día”, a fin de ser purificados con Su sangre y reconstituidos con Su vida—Os. 6:1-3; He. 9:14; 10:2; Tit. 3:5.
- D. Tenemos que permanecer atentos a nuestro espíritu, ejercitar nuestro espíritu, sin contristar ni apagar el Espíritu—Mal. 2:15-16; Ef. 4:30; 1 Ts. 5:19; Ro. 8:6; Lc. 9:55:
 - 1. Un santo que busca al Señor debe ser pobre en espíritu y de corazón puro—Mt. 5:3, 8.
 - 2. Un creyente que se ha arrepentido debe tener un espíritu recto, un espíritu dispuesto para las cosas del Señor y de la iglesia, y un espíritu contrito—Sal. 51:10, 12, 17; Hch. 24:16; Fil. 1:8; 2:20-22.
 - 3. Necesitamos tener un espíritu contrito y humillado, y un espíritu manso y sosegado—Is. 57:15; 66:2; 1 P. 3:4; Gá. 6:1; 1 Co. 4:21.
 - 4. Un creyente normal debe tener el Espíritu de gozo—He. 1:9; Hch. 13:52; Ro. 14:17; Sal. 43:4; Neh. 8:10; Jud. 24.
 - 5. Una persona que teme a Dios debe tener el Espíritu de sabiduría y de inteligencia, el Espíritu de consejo y de poder, el Espíritu de conocimiento y de temor de Jehová—Isa. 11:2-3.
- E. Debemos honrar a Dios y temerle, trayendo los diezmos al alfolí para que sean suplidas las necesidades de la iglesia, para que sea propagado el evangelio y para que sean suplidas las necesidades de los siervos del Señor y de los santos que padecen necesidad—Mal. 3:7-12; Dt. 14:22-23; Fil. 1:5; 4:15-16; 3 Jn. 5-8; Ro. 12:13; 1 Jn. 3:16-18:
 - 1. Aunque las palabras con respecto al diezmo estaban dirigidas a los israelitas del Antiguo Testamento, en principio también se aplican a los creyentes neotestamentarios—Mal. 3:10; cfr. He. 7:1-3; Mt. 23:23.
 - 2. Si con fidelidad vivimos en pro de la administración de Dios respecto al dinero y a los bienes materiales, no padeceremos ninguna estrechez económica en el recobro—cfr. Neh. 13:10-14; Lc. 6:38; Hch. 20:35; Mt. 6:1-4.
- F. Debemos perseverar en la sana enseñanza de la economía de Dios, a fin de ser vacunados en contra de la enfermedad que generan las enseñanzas diferentes a dicha economía; debemos guardar en nuestro ser el rico depósito de las sanas palabras del Señor, de modo que podamos ser aquellos que vacunan al pueblo de Dios para que éste sea purificado, educado, reconstituido, separado y protegido, y por ende, sea completamente sanado por el Cristo que le trae sanidad para convertirlo en Su expresión corporativa con miras al cumplimiento de Su propósito eterno—1 Ti. 6:3-4, 20-21; 2 Ti. 1:13-14.